

Hoy se corre; luego nada.

Por Julia García Orive

¡Levanten la vista, ya se preparan! Cada cual con las suyas, gotas de sudor debajo de la piel; el sol poderoso refulge en el cielo en un día como éste, el graderío se alza piramidal rodeando la pista, que persigue siempre un horizonte del que no se alcanza a ver destino. Y sin embargo, calle a calle, la expresión oprime los mismos músculos, la carrera va a dar comienzo y ya asoman sonrisas de la más variada especie, concentradas, ansiosas, párpados que capturan al ojo para afinar la visión. Atención. En la calle uno tenemos al señor del bombín y los zapatos de claqué, quién sabe por qué, con su pañuelo entre las manos y sus fortachones ayudantes como su norte, sur, este y oeste, sudados del todo, y con los bíceps clamando con la hinchazón al vivo por la salida. El señor acaba de sonarse en el pañuelo que le sujetan sus dos manos frente a la nariz, arrugada, a medias plegado sobre sí, pero conservando la mucosa expelida, bien adherida, casi limpia, podría decirse, alargada y en su extremo engordada, parecida a un espermatozoide de contornos recortados. Sus cuatro colaboradores palpitan a su lado a esperas del pistoletazo, y más bien parecen ellos los propios caballos por los que se diría que vinieron a apostar. No sabemos qué pretende el señor del bombín con su moquillo estampado y su pañuelo, éste también estampado, pero con motivos florales en las esquinas. Nos imaginamos mejor lo que han venido a hacer los niños de su derecha, los hermanos que sostienen la bolsa con el pez naranja que flota dentro. Oigan, sus rostros aún no son felices, ¡cómo sufren que están sufriendo! Y porque desde aquí no conseguimos ver la carita del pez, pero nos suponemos que pretenden llevar a cabo una liberación. Esto sí que es levantamiento contra el sistema. Aprendizaje de primera mano, véanlo. Uno de los niños mira hacia los lados, seguramente busca

a su madre en el graderío. Su hermano, que es más alto y tiene el cráneo como un haba enorme y el pelo bien corto sujeta la bolsa cerrada y debajo coloca la otra mano, y éste sí mira al frente. Desde luego que piernas cortas como las de estos dos van a intentar llegar tanto o más rápido que las de cualquier otro. ¡Tomen nota, los niños de la calle dos! Y en la calle tres encontramos a un señor silencioso con el espeso ceño mucho más fruncido que el pañuelo del primero, mirada sombría, de tez casi anfibia, seguro que resbaladiza, con una gorra gris y un peto azul que lo embaraza aún más que su propia barriga. Lo que lleva entre manos no es mucho más frecuente que el pececillo de feria encerrado en la bolsa de plástico. ¿Qué es? Con las piernas abiertas bascula de delante atrás con un motor de lancha entre las manos, esperando a la salida. Según fuentes se trata de un creador de oleaje artificial. Señores, menudo personaje. El susto que se llevarían en el caso de encontrárselo de súbito a contraluz en el umbral de sus casas. Afortunadamente, el sol achicharra hasta la última grieta de piel a la vista, y con esto pasamos a las siguientes candidatas, tres bañistas femeninas con sus gorros y trajes a rayas, incluidas por supuesto las gafas. Son, o mejor dicho, parecen las más dispuestas a correr pacíficamente, se diría que sonríen creyendo que lo que harán es nadar con sus números cuatro estampados en el trasero. Poca de la vehemente calma que conservan las tres, casi relajadas, con las caderas sueltas, igual que la carne que se desprende del límite del elástico del bañador, tiene el representante de la calle cinco. Mira en todas direcciones, un muchacho del que no se comprende ningún rasgo que defina una edad, encorvado, aunque luego estira el cuello y se le profundizan las líneas de expresión, y uno ya no sabe si padece o es sólo que tiene ambiciones. Lleva también él algo entre las manos. Parece ser una cajita. No, esperen, no es una cajita, tal cual. Ya. Se trata de uno de esos envases transparentes de plástico que utiliza ahora todo hijo de vecino para guardarse las sobras de comida.

Señoras y señores, localícenlo, calle cinco, el muchacho del *tupperware*. Lo lleva lleno, cosa que fácilmente se intuye incluso desde aquí sin tener ojos de águila, por cuestiones de masa y densidad. Además, ¿quién defendería con tanto celo algo que no contuviera nada? Tenemos ya el factor misterio, calle cinco. El corredor que tendrá que transportar un peso de más, a pesar de que para nada es él un peso pesado.

De eso seguro que hablaría con más conocimiento de causa la mujer del carril que viene a continuación. La credibilidad del espectador se infla, oigan, se estira, se dilata como la barriga de esta señora embarazada que se prepara para la salida. Lleva los tobillos vendados, los vemos aparecer de unas zapatillas de carreras, subir hacia las piernas desnudas, inflamadas, que se terminan por esconder, muy poco, muy poco, en pantalones cortos de deporte. La mujer encinta, ésa sí que todo un continente por sí sola. Reposo sin siquiera echar un vistazo a sus vecinos de calle, todo parece indicar que está recurriendo a una concentración extrema para hacer el mejor uso de sus habilidades. Todavía hacemos apuestas acerca de si se agachará en el momento de dar la salida. Especifico: De si podrá agacharse. Y de las manos en jarras de la señora pasamos al siguiente de los pretendientes de la victoria, y me retracto para proceder a hablar en plural: los ocupantes del siguiente carril. Diecisiete africanos, mastiquen cada palabra. Diecisiete son, fornidos y sin camisa. ¿El calor? Posiblemente lo soporten mejor y lo perciban antes. Todos varones, los brazos agarrados a una soga gruesa que continúa hasta unirlos a una barca de madera que a duras penas han colocado con tal de no invadir las calles contiguas. Pero adónde van estos diecisiete colosos oscuros con una embarcación. Lo que si está claro es que tienen la esperanza reflejada en cada marca del rostro. Desde aquí se ciega uno a pesar de la distancia con el brillo alegre de sus facciones, la frente, las mejillas abultadas, los mentones que relucen. Sonrientes y colocados en dos estrechas filas de

dos con la soga en medio esperan en postura atlética el momento de salir disparados. Esperemos, ¡sin percance! Y ya directamente paso a preguntarme, y lo hago en voz alta, qué tramarán los dos tortolitos de la calle nueve. Ella con la falda plisada, a él sólo le faltan los mocasines. Se los podría fabricar con la raya del pelo, que dudo que mantenga mucho tiempo si es que piensa en ponerse a correr él también, lo que todo apunta que así será. Se cogen de la mano, ella se lleva la otra a la nariz, más de nervios que de picor, correré el riesgo de afirmar. Y de vez en cuando un besito en la mejilla. Estos chicos son buenos estudiantes, ¿los son, mamás de ambos? Seguramente están juntas tomándose un perrito en algún lugar entre las gradas. ¡Un saludo, madres! Y, hechas las presentaciones, volvemos al fragor de los segundos de antes, les regreso a la fugacidad de acción que con mis descripciones había desaparecido. Tendrán que disculparme eternamente.

La bala en el aire. ¡Y ya salen!

La señal no pilló a nadie desprevenido. Cómo corren, ¡que si corren!, se deslizan por sus calles como insectos perseguidos por enormes yemas, dan traspiés algunos, a otros se les descubre perdiendo energía con cada pisada y sin embargo, engañan al ojo apareciendo continuamente a un nivel similar: quién va detrás, la parejita de la esquina o la mujer embarazada que se sostiene el vientre con las palmas y teme ponerse de parto en la zancada después. También se oye un guirigay del que casi debo extraer el sonido de cada boca con tenazas. Los cuatro lacayos del señor del bombín, que aún sostiene su pañuelo con un pulso ejemplar, lo transportan bien agarrado de las rodillas mientras lanzan gritos para no perder el compás. También la compañía de africanos con su embarcación a rastras aviva la marcha y escúchenlos, qué hermosas voces. Pareciese que, sin desearlo, les brotasen cánticos de las gargantas que sólo pretendieran resultarles

animosas a los demás, para que corran, corran, corran, que es lo que han venido a hacer aquí.

La pista roja se va consumiendo bajo los pies de los participantes de la carrera, a vista de pájaro acompañados, en los tobillos las venas abollándose, la presión fluyendo de abajo arriba, en forma de gotas, arriba, de sudor, hacia abajo. Allí corren los que guardan con celo lo que conllevan, ya hablemos de un pobre pez aburrido en una bolsa para pesar plátanos, un niño de placenta, un motor, un pañuelo mocado, una barca, lo que sea; allí corren los que llevan la mano de su amor en la misma mano, o las que notan las nalgas bailándoles sin nada más encima que el traje de natación.

Qué habrá detrás de los sonidos de esfuerzo y la música de las gargantas negras, bajo las pisadas de pies descalzos, los mocasines que no están pero que imaginamos, zapatos, zapatillas y también allá en lo alto, detrás del sol juez o, como le llaman más a menudo, sol de justicia. Pero qué justicia estimará, si todos a la par parecen desplazarse.

Al del motor en las manos le empieza a funcionar, y sin embargo, no le propulsa ni hacia delante ni hacia atrás. Las encuestas inmediatas también confirman que las miradas se ciernen más de lo esperado sobre el muchacho del *tupperware* lleno. Algunos han sacado sus anteojos y otros desearían tenerlos, la pulsión de hacerse un hueco en el acceso a las miras de estos personajes de nuestras calles nos tensa, nos zarandea, nos exprime, vean cómo nos achicamos, nos agrandamos, se nos levanta el flequillo. Casi queremos bajar a correr con ellos, sólo que en nuestras y con nuestras condiciones. Y créanme, que de algún modo ya lo hacemos.

Al hablar de tiempo, lamentablemente, no podemos ninguno dárnoslas de entendidos, ya que a pesar de llevar cuentas del tipo durante toda una vida, acaba de pasar algo de verdad extraño. La pista

nos está dejando rojos, la señora del bebé en la barriga se infla ahora desde arriba, y los chiquillos del pez a lo mejor no se han dado cuenta de que tanta coloración hace daño a su protegido. Puede que hayan pasado ya buenas décadas desde que se echaron a correr todos estos, unos de los muchos con aspiraciones. Nivel de ilusión, nivel de autoengaño: desconocido. Pero reconocerá cualquiera que se asome a mirarlos desde el balconcillo más discreto que les sirvió de motor y que son la ristra de cogotes que hoy miramos.

Ya nos estamos abrazando la cabeza con los antebrazos ante la recta final. Qué caras más rojas las de todos. Pero qué tan emocionante momento. Vivimos la anhelada espera por asistir al porqué de tanto esfuerzo, corremos con ellos. Y al borde de la recta final, lo que ahora se vuelve clarificador: un enorme estanque lleno de agua brillante que la mirada ya no puede abarcar. La pista roja se muere y deja paso a un corto terraplén cuyo color, materia, ya no distingo, y éste a su vez, una superficie laminada de agua que ora me parece ver en movimiento, ora bien en reposo.

Y ah, acabáramos, aquí llega el fin de la carrera y todos yerguen el cuello como imantados hacia la imagen del cuerpo de agua, prodigiosamente extenso que se abre ante sus miradas. El pulso nunca se había desatado así en ninguno de todos esos pechos.

Para tomar la *photo finish* y dejar constancia visual del que cabeceó primero traspasada la línea de meta no hubo nadie. La meta en sí misma la construyen hombro con hombro metiéndose al agua, y si a todos nos parecía que sería el más rápido en llegar el proclamado vencedor, entre ellos mismos continúa la lucha desde la humedad. Se rompieron las reglas, señores. Cada cual hace su uso.

Las tres sirenitas con sus gafas acuáticas prueban antes el agua como habiendo recibido una bendición con el dedo gordo del pie y un

segundo después ya parecen provenir con más convicción del fondo que de la superficie. El equipo de africanos se hace a la mar sin tanta delicadeza: la barca es arrastrada hasta el agua y sin dejar de cantar comienzan a alejarse, sin que nadie pueda venir a reclamar que al menos estén presentes en alguna presunta entrega de trofeos. En el caso de la parturienta, ya cualquiera se imagina a qué se dedica ella al alcanzar el agua, y tiene que pelearse con el señor de piel grumosa, que con su motor se lanza a crear unas olas artificiales cuyas ondas crecientes impulsan a los africanos, ya enanitos en la distancia. Y en tierra son los dos enamorados los únicos que se quedan, sentados en un borde elevado, con los pies sumergidos, pataleando suavemente. Que alguien les pregunte si era aquella atmósfera la que pretendían encontrarse. Quizá en su imaginación apajarada tienen incluso un olmo encimita dándoles sombra, quién sabe.

Los niños del pez naranja no lo arrojan a la libertad enseguida. Actúan con una prudencia que de otros habría sido más propia. Nerviosos y temerosos vaticinan, perdiendo el equilibrio por la indecisión, y uno conduce al otro hacia otra parte mojándose los zapatos siguiendo la línea de la orilla. A las sirenas no les molestan tanto las olas, el hombre anfibio hace pruebas con su motor, y, el señor del bombín, desde luego, es la nota de excentricidad por excelencia. Los cuatro ayudantes lo sostienen aún de la rodillas, y él a su vez, el maldito pañuelo, y lo mantean cuando el agua, con su oleaje artificial, les golpea el pecho. El bombín sigue enhiesto y él, tieso, aguanta el pañuelo tan estirado como puede, mientras que, con cada inmersión va empapándose y resurge otra vez. A la de cinco veces el cuerpo estampado en el pañuelo comienza a inflamarse, y lo que sean, vítores o berridos, aún se intensifican más, como si lo estimularan. El ajeteo de tal actividad me llena de tensión y de curiosidad al mismo tiempo. Nuestros candidatos empapados no miden ya distancias bajo sus pies.

El duelo está ahora servido en otra categoría. ¿Estará cada uno luchando por disponer de sus propias condiciones, se estarán incluso estableciendo territorios? Oh, parece que los niños van a soltar a su pez. Efectivamente, va a producirse el acontecimiento, eso sí, alejados del señor del bombín, cuyas interioridades nasales del todo desconocemos, ya que lo que parecía un indefenso moco se ha hinchado hasta convertirse en un cuerpo enorme, granate y oscuro, inflado, imagino que blando, y que ya supera la magnitud de las cinco cabezas juntas que debajo tiene, y de las bocas que silban del esfuerzo.

La mujer embarazada apenas puede concentrarse para dar a luz en el agua, pero sigue apretando, y conforme el nivel de las olas aumenta o disminuye y aquí, la única naturaleza que se ha vuelto loca es la del hombre anfibio, el chico del *tupperware* se ha introducido hasta las caderas en el agua y sopesa sus posibilidades, eso lo ven ustedes como yo en sus constantes giros de cuello. Adjudicarle una edad resulta aún imposible, si no suena muy loco decirles que ahora su rostro parece completamente el de otro. Se dispone a destapar el *tupperware*, pero ¿qué es? Oh sorpresa, qué demonios, si estaba vacío. Qué nos hizo creer que el continente contenía. Y ahora se hace con un poco de esa agua y se va dando zancadas en dirección a la orilla, siempre tan enigmático. Se cruza con las tres bañistas, que mueven los brazos lentamente y siempre sonríen, con los labios rajados y los dientes blanquísimos. Los niños persiguen con la mirada a su pez recién condenado a una nueva tortura. De los africanos, ni rastro, y la pareja, por su parte, se da su primer beso de tornillo a pesar de las salpicaduras de las olas enfurecidas, mientras que el extraño objeto sumergible del señor del bombín se ha inflamado tanto que explota y se transforma así en un aspersor, y caen finos chorros de agua en todas direcciones, como si lloviera desde una nube que se puede alcanzar dando un salto.

Los jueces en silencio, el trofeo guardado en la vitrina, más bien, encerrado. Me pongo las lágrimas de uno de los pobres chiquillos desilusionados, que ha perdido de vista a su pez, en mis propios ojos. Nos morimos por participar y hacer de ese estanque el destino propio. El sucio se restregará los sobacos, las rodillas, se rascará bien por el cuello, y el sediento saciará su sed. Alguno ahogará los cachorrillos de más de la camada de la perra de esta vez, y seguramente habría alguien a quien se le ocurriría traerse toboganes en vez de barcas o *tupperwares*. Se mire por donde se mire hay cosas que quedan por decir, y si ustedes lo desean, pueden sujetarse la cara con la palma de la mano y la palma de la mano con el codo la tarde entera, éstos de ahí abajo continuarán empapados. En el agua ya no quedan calles.